

dose poco á poco el entusiasmo que los arrebatada, vuelven á tomar el hilo de los sucesos que habian empezado á referir.

Pero para no exponernos á confundir los dos objetos de las profecías, y distinguir bien lo que pertenece al uno ó al otro, nos hemos impuesto la siguiente regla: no aplicar jamas al Mesías ningun pasage de los profetas sino en cuanto no pueda juiciosamente entenderse del objeto presente y natural, y entendido del sobrenatural, ofrezca un sentido claro y al mismo tiempo razonable; si aun se encuentran algunos pasages por otra parte célebres y citados frecuentemente por los teólogos, que aun cuando no puedan convenir al objeto natural de la profecía, exijan sin embargo para su interpretación una discusion abstracta ó difícil, preferimos abandonar este nuevo medio de defensa de que no necesita la verdad, á fin de evitar en un discurso público hasta las apariencias de lo que ciertos espíritus temerarios tendrian tal vez por sutilezas.

Ahora, pues, señores, ¿qué deberémos pensar de la objecion de que hablamos? ¿Qué significa, reducida á su verdadero sentido, sino que no hay razon para ver en los oráculos que hemos citado la promesa de un libertador futu-

ro, de un Mesías que debia venir para salvar al mundo? Este es el único punto de la dificultad presentada por los incrédulos, porque, segun su misma confesion, si se reconoce que el objeto de los oráculos es anunciar un Mesías, seria indudable que este Mesías es Jesucristo, en quien las palabras proféticas han tenido un perfecto cumplimiento. Examinemos pues todos los términos del argumento especioso que nos oponen, y sepamos darle su justo valor. Se nos acusa de desviar las profecías de su objeto natural y presente para aplicarlas sin razon á un cierto objeto sobrenatural y misterioso que llamamos el Mesías; pero si nos limitamos á dar á estos oráculos el sentido que les dan unánimemente las mas antiguas tradiciones del pueblo judío, todas las paráfrasis, los comentarios, y todas las traducciones de los libros santos; los doctores antiguos y modernos (á excepcion de algunos demasiado visiblemente interesados en sostener lo contrario para que su testimonio tenga algun peso), si no hacemos mas que dar á estos oráculos el único sentido de que son susceptibles, desafiando á nuestros adversarios á darles ningun otro que sea racional, ¿habrá en esto ardid, ni esa intencion de alucinar que se nos supone?

Se nos acusa tambien de invertir el órden de las profecías, de poner su principio al fin, y el fin al principio; de pasar de un oráculo á otro, y de uno á otro pasage, en lugar de dejarlos todos tales como están en la Escritura, con lo que les precede y lo que les sigue: pero ya hemos demostrado que los profetas han tenido dos objetos distintos, uno ordinario y natural, y otro extraordinario y sobrenatural, entre los cuales dividen continuamente su atencion pasando con rapidez del uno al otro segun el impulso del espíritu que los mueve. ¿Y se nos podrá obligar á seguirlos en su carrera impetuosa y tantas veces interrumpida, y a presentar mezclada como ellos tan pronto la relacion de los sucesos ordinarios y naturales que debian suceder en su tiempo al pueblo judío, y que en el dia á nadie interesan, como el anuncio de acontecimientos futuros de mucha mayor importancia, y de que aquellos no eran mas que figuras? Pero prescindiendo de que en un discurso público seria este un trabajo superior á las fuerzas del auditorio y á las del orador, ¿quién no advierte que esto seria tomarse una molestia absolutamente supérflua? ¿Y qué mas se puede exigir de nosotros para despojar esta cuestion de toda sombra de duda, que tomar

un medio seguro para no mezclar nunca los dos objetos de las profecías, ni aplicar al uno lo que pertenece al otro? Esto es cabalmente lo que hemos hecho, y entre todos los pasages de los profetas que hemos aplicado al Mesías, y que tan perfectamente le convienen, desafiamos tambien á nuestros adversarios á que nos citen uno solo que pueda juiciosamente entenderse del objeto ordinario y natural; ¿y se descubre en esto ardid ni deseo de alucinar?

Nos motejan de tomar por todas partes frases sueltas y de reunir las hábilmente bajo de un solo punto de vista, y como en un solo cuadro que presentamos en seguida como una fiel pintura del Mesías. ¡Qué poco meditada es semejante reconvenccion! Lo repetiré, señores: cuando hallamos en un oráculo sobre un objeto puramente natural algunas frases inesperadas, aisladas en medio de los discursos proféticos que cortan evidentemente el hilo de la narracion, y que no pueden tener sentido racional mas que aplicándolas al Mesías, ¿quién puede acriminarnos por considerarlas como rasgos relativos al Mesías que el espíritu divino ha esparcido aquí y allí para dejarnos el cuidado de reunirlos y componer de ellos su retrato? Si un escultor famoso de la antigüedad despues de haber cin-

celado separadamente y con arte infinita las diferentes partes de una estatua de Alejandro ó de César, las hubiese escondido en el seno de la tierra á grande distancia unas de otras, para proporcionar á las edades venideras la agradable sorpresa de este precioso hallazgo, y el descubrimiento casual de una de ellas hubiese excitado por la rara perfeccion del trabajo á buscar las demas, y se hubieran encontrado, ¿habriais querido dejar aquellos miembros esparcidos á medida que fuesen saliendo de las entrañas de la tierra, separados unos de otros y envueltos en el vil lodo que los ocultaba? Y si reunidos por una mano diestra os presentasen la estatua completa del vencedor de los gaulas ó del conquistador del Asia con todas sus admirables perfecciones, y toda la nobleza de sus formas, ¿os obstinariais todavia en negar contra la evidencia que el artífice habia tenido el pensamiento de reproducir por aquel medio las facciones de uno de aquellos héroes?

Pero no son frases sueltas solamente las que reunimos para formar el todo, sino tambien una multitud de imágenes y de pinturas completas, y siempre perfectamente parecidas, aunque variadas al infinito. Son salmos enteros del Rey profeta, y una serie de capítulos de Isaías ó de

Daniel, que citamos tales como los hemos hallado en sus escritos, sin hacer en ellos variacion alguna, y que, repito, son tan claros y positivos, que verdaderamente se cree leer una historia mas bien que una profecía.

Ya reconoceis, señores, que la mayor parte de los pasages que hemos referido, aun leyéndolos en su propio lugar, no pueden tener otro objeto que el que les hemos aplicado si se combinan con lo que les precede y lo que los sigue. Veis que con los medios que hemos empleado para descubrir el sentido de estas palabras misteriosas, no hacemos decir á los profetas sino lo que ellos dicen y no lo que queremos que digan, segun se nos imputa; por último, veis que á pesar de los sofismas de los incrédulos la maravilla queda subsistente; léjos pues de participar de las dudas impías de esos espíritus soberbios, que rodeados de la luz, aun se obstinan en caminar por las tinieblas, ¿no os sentis mas bien estimulados á exclamar con uno de los profetas: „Esta es verdaderamente la obra „del Señor; y él es quien despliega á nuestra „vista esta asombrosa maravilla?“ à *Domino factum est istud: et est mirabile in oculis nostris* (1).

(1) Salmo CXVII, 23.

Por último dirán aun los incrédulos: „No son „solos los judíos los que contradicen el sentido „de las profecías; pues los mismos cristianos no „están todos acordes sobre el de las mas im- „portantes.”

Es cierto, señores, que hay aun entre los cristianos disputas sobre ciertas profecías; pero ¿quién ignora que en todos tiempos y en todos los pueblos se han visto ingenios singulares y capaces de oponer dificultades á las verdades mas incontestables? ¿Dejará de estar demostrada una proposición porque sus pruebas no satisfagan á algunos espíritus caprichosos ó temerarios? ¿Deberán las raras ideas del padre Hardouin, por ejemplo, hacernos dudar de la autenticidad y del verdadero sentido de las obras que toda la antigüedad atribuye á Ciceron, á Virgilio, á César, y á los mejores escritores del siglo de Augusto? Es muy mal método de argüir contra la divinidad de nuestras profecías oponer á ellas las ideas singulares de un corto número de sabios.

Ademas, ¿cuál es por lo general entre los sabios amantes de la religion, el motivo de esas disputas que tanto se ponderan? ¿Es acaso el fondo y la sustancia de la profecía? Podrá ser esto cierto respecto de algunas; pero tambien

muy frecuentemente versan las disputas sobre puntos accesorios que dejan subsistente y en toda su fuerza la prueba deducida de las profecías en favor de la religion. Así es que se conviene generalmente en que los oráculos de que hemos hablado se refieren al Mesías, que han tenido todo su pleno cumplimiento en Jesucristo, y que confirman claramente su mision divina, y solo se disputa sobre algunos puntos de crítica absolutamente extraños á la cuestion principal. Se conviene por ejemplo en que la profecía de Jacob y la de Daniel se verificaron en la persona de Jesucristo; pero se disputa sobre el tiempo fijo en que el cetro salió de Judá, y sobre la época en que deben empezar las setenta semanas de Daniel; mas ¿qué importan estas disputas sobre incidentes? Que el cetro haya salido de Judá uno ó dos siglos ántes, y que las semanas de Daniel empiecen á contarse veinte años ántes ó veinte despues, ¿será por eso ménos cierto que el término señalado por Jacob y por Daniel para la venida del Mesías, ha pasado hace ya mucho tiempo? No hay pues fundamento para alegar contra las profecías las disputas de los sabios cristianos acerca de su verdadero significado.

Hay ademas una cierta clase de sabios que

bajo del nombre de cristianos, son en realidad verdaderos deístas, y que reducen toda la religion á un puro filosofismo; los milagros mas asombrosos de la Biblia á hechos puramente naturales, y las profecías mas extraordinarias á simples conjeturas. Esta opinion, es preciso confesarlo, cuenta de medio siglo á esta parte numerosos defensores en un pais vecino al nuestro (1). Nosotros no negarémos, señores, la erudicion de los sabios que se nos cita en contra; pero si se ha de tener consideracion á la autoridad, dirémos sin titubear: ¿no desaparece la de esos sabios modernos ante la multitud innumerable de tantos hombres grandes que en todos los siglos han rendido homenaje á la divinidad de nuestras profecías? Añadirémos ademas con toda confianza que la opinion de esos nuevos críticos nace visiblemente de un sistema indefendible, y cuya falsedad hemos manifestado en otra parte; quiero decir, de ese *naturalismo* insensato que se dirige nada ménos que á destruir hasta la existencia y posibilidad de la revelacion. Añadirémos por último, que esos escritores que pretenden explicar de un

[1] Eichhorn, Rosen-Muller, y muchos sabios críticos alemanes.

modo puramente natural los milagros mas asombrosos de nuestros libros santos, y aun la misma resurreccion de Jesucristo, y cuyos atrevidos principios los han conducido hasta el punto de no ver en los profetas del antiguo Testamento, mas que fanáticos ó charlatanes, y en el mismo Jesucristo un *impostor* (1) ó un *mágico*, estan visiblemente demasiado poseidos del espíritu de error y de sistema para que su crítica temeraria pueda ser apreciable á los hombres de buena fe.

Concluyamos, señores, que nada hay en las objeciones acumuladas contra nuestras profecías que pueda hacer impresion en un corazon recto y dócil. Es cierto que esta prueba de la religion tiene, como todas las demas, sus dificultades, y que presenta como la religion misma cierta mezcla de luz y de tinieblas; pero no olvidéis que esta mezcla es una consecuencia natural de la debilidad de nuestro entendimiento, y que nace en cierto modo del plan general de la providencia en la manifestacion de sus eternos decretos. Temed aumentar con injustas preocupaciones ó con pasiones secretas, la os

[1] Véase *Entretiens philosophiques sur les réunions des différentes communions chrétiennes*, por el baron de Starck pág. 118, &c.

curidad que nuestra inteligencia encuentra necesariamente en el estudio de la religion; abrid los ojos á la luz viva que arrojan nuestros sagrados oráculos. Jesucristo prometido y esperado en el antiguo Testamento, reconocido y adorado en el nuevo; he aquí en dos palabras toda la religion que tenemos la felicidad de profesar. ¡Cuán hermosa, señores, cuán augusta y venerable es por sola su antigüedad esta religion que sube hasta el origen del mundo, y que nunca ha dejado de ser el vínculo comun de los adoradores del verdadero Dios; esta religion santa que ha debido sin duda pasar por diversos estados, progresar y desarrollarse sucesivamente, pero que en su esencia ha sido siempre la misma! El judío era un niño que solo sabia los rudimentos de la fe; el cristiano es un hombre hecho que posee un pleno y entero conocimiento de ella. Digamos pues tomando otra vez el language de aquel hombre admirable, cuyo ingenio profundizó tanto los secretos de Dios, y vió á una luz tan clara las magníficas obras de su admirable providencia: „Ser esperado, „venir y ser reconocido por una posteridad (1) „que dura tanto como el mundo, tal es el carác-

[1] *Discours. sur l'Hist. univers., II parte. cap. XXXI*

„ter del Mesías en quien creemos. Jesucristo „el mismo que ayer es hoy, y lo será por los siglos de los siglos (2),”

[2] Hebr. XIII, 8.